

CUENTO N° 24

TITULO: LA CASA D

SEUDÓNIMO: CHAGUAL

AUTOR: JOSÉ ARON FLIMAN GRINBERG

La Casa D

Ayer llegó gente a la casa D. Una pareja en una reluciente camioneta cargada al tope. Tras ellos otra camioneta con una jaula con dos perros grandes. El dueño de casa, joven, gordo, parecía ansioso. Una vez descargada la camioneta intentó sacar a los perros. Tenían un bozal y estaban sujetos por una cadena. El chofer a un metro de distancia simuló ayudar. Se asomó la mujer. Menuda, pelo corto, sonriente. Le mostró al perro un trozo de carne cruda y lo lanzó al jardín. El perro saltó. El gordo lo siguió y cerró la reja. Imaginé que el segundo perro era una hembra. No quería bajar. El gordo comenzó a tirar de la cadena enojado. La perra le mostró los dientes y se lanzó sobre él que alcanzó a hacerse a un lado sin soltar la cadena. Le consulté al chofer de qué raza eran los perros. “Dogos argentinos”, respondió sin dejar de mirarlos correr dentro de la casa.

Cada tarde después de la siesta voy con la bolsa tejida por Ximena a comprar el pan. Donde antes estaba la verdulería ahora hay un local para apostar al Loto y al Kino. El club de video también cerró. Se comenta que van a demoler los locales para construir un edificio. Aumentaría el valor del barrio. Para evitar a los jóvenes que siempre están frente al local vacío camino unas cuadras de más. Llevo el dinero justo. Me gusta elegir las marraquetas. Tibias, no calientes. Ni blancas ni quemadas. A mi vuelta tomamos té en silencio. Ximena en la cabecera sopla con los labios estirados. Toma el té a pequeños sorbos, tragando con ruido. “Te arrugas entera cuando soplas”, le digo molesto. “Te tiritita la mano”, dice ella tranquila. Hago como si no hubiese escuchado. Se levanta y con pasos cortos lleva su taza a la cocina. Vuelve, retira mi taza y limpia la mesa.

Recorro los canales mientras ella lava la loza. Busco mujeres bonitas. Paso el tiempo entre una película de guerra y un programa juvenil con chicas con poca ropa. Me pregunto cuanto falta para la cena. Me encuentro con un programa en la televisión argentina sobre perros bravos. Entrevistan a un médico, a un político, a víctimas. Llamo a mi mujer. Desde la cocina me responde. “Voy, ya voy, te dije” repite ante mi insistencia. Se sienta a mi lado mientras muestran escenas del ataque de un perro a una niña. Le comento sobre lo que he visto antes de que ella llegue. No responde ni mira la pantalla, enfrascada en contar los puntos de su tejido. “Hasta cuando tejes, tenemos la casa llena de pañitos,” le digo. Se levanta y vuelve a la cocina.

Hoy, como cada domingo por medio, vienen mis hijos con sus familias a tomar once. Arturo con Clarita y los mellizos, Arturito y Raulito. El pobre Raulito lleva mi nombre, Raúl Cabeza y presenta una discapacidad, secuela de un problema durante el parto. Este año asiste a una terapia con caballos que le ha ayudado bastante según su madre. La verdad es que no veo avance y a menudo me pregunto quién se hará cargo de él durante toda su vida. Salimos a la puerta a esperarlos. Arturo, mi hijo, me saluda con un beso. A Ximena no le da la cara.

Clarita y los niños vienen más atrás. Raulito se arrastra de la mano de su madre. Lo tomo en brazos, le limpio la saliva, beso a mi nuera y a Arturito y entramos al living. Arturo ya ha encendido el televisor y mira un partido de la liga tomando una cerveza. Quince minutos más tarde se estaciona el taxi de Armando, nuestro hijo. Primero entra Sandra, su mujer. Los labios bien pintados. Aspiro su perfume dulce que permanece en mí después de que me abraza. Más atrás Armando con su hijo en brazos. Armando

le pasa el niño a su abuela y se instala al lado de Arturo a ver el partido. Sandra me pide que la acompañe al auto. En el camino halaga mi chaleco amarillo. Por primera vez me tutea. No sé qué decir. En la casa los niños corretean. Raulito los sigue arrastrándose. Es el que más grita. Armando grita que deje de chillar. Arturo grita que no le grite a su hijo. Antes de que las cosas pasen a mayores, Ximena sale de la cocina, cantando que la once va a estar lista. Esta es una de las virtudes de Ximena. No dejar que las cosas pasen a mayores. Mientras hierve el agua salgo con los niños al jardín. Hay un juego plástico, como el de las plazas. Casi no deja espacio. Fue nuestro regalo de Navidad para los nietos. Dudamos entre el juego y una mascota. Lo discutimos y como siempre decidimos por la opción de Ximena. Los perros del vecino ladran tras la reja. Raulito los mira fijo con la boca entreabierta. El gordo los observa mientras riega. Su mujer me hace un gesto con la mano. Le respondo con una sonrisa. Con un paquete de dulces soborno a los niños para que se queden jugando afuera y vuelvo a entrar. Sin duda que la mascota hubiera sido la mejor opción.

El televisor está vuelto hacia la mesa del comedor. A mí nunca me ha importado comer con el televisor encendido, pero Ximena no lo soporta. En un costado de la mesa, de espalda al paisaje del volcán sureño colgado en el muro, están Arturo y Armando. Al frente sentadas sus esposas. El televisor en su mesa con rueditas detrás de ellas. Un alargador blanco recorre el piso reluciente. En una de las cabeceras la sonrisa amurrada de Ximena. Los hombres miran el fútbol a través de sus mujeres. Nadie dice nada. Las tostadas de molde crujientes, envueltas en un paño tejido, especialidad de Ximena. Repartidos por la mesa, el jamón en rollitos, salame en rebanadas y queso en finas láminas, cada cual en su plato blanco. Mantequilla, té y

gaseosas. Ximena sale de la cocina con más tostadas. “Los berlines”, pide Armando sin quitar la vista del televisor. Puede que, entre el ruido del televisor, el crujir de las tostadas que masticamos nadie más que yo lo haya escuchado. “Los berlines, mierda”, vuelve a decir Armando. El volumen de su voz zanja mis dudas. Clarita mira a Ximena, que se hace la desentendida, y empuja su silla, poniéndose de pie. Sandra le toma el brazo obligándola a permanecer sentada. En ese instante se oye un chillido. “Los dogos”, pienso mientras todos corren. Soy el último en llegar al jardín. Los mellizos están enfrascados en una desigual pelea bajo la estructura de plástico. Los dulces desparramados. Arturo toma al mellizo. Armando a su hijo. Yo levanto a Raulito que tiembla y le limpio la saliva. En el comedor los berlines forman un cerro sobre la mesa. El televisor en el living. Ximena sonrío. Parecemos una familia feliz.

A Ximena se le ocurre dar la bienvenida a los recién llegados, algo que nunca hicimos con los anteriores vecinos. Al comienzo me niego, pero tengo curiosidad por conocer a la mujer. Cruzamos el pasaje con un jarro con pisco sour y una bolsa de papas fritas. Estas cosas a mí me dan vergüenza. A Ximena también, pero ella dice que hay que superarla. Tocamos el timbre. Alguien corre la cortina por un costado del ventanal. Yo con el paquete de papas fritas y Ximena con el jarro de pisco sour cubierto por un pañito. Media hora antes habíamos visto llegar la camioneta. Los perros corren desesperados de un extremo al otro de la reja. Ximena vuelve a tocar el timbre. Yo me quiero ir. Mejor nos tomamos el pisco sour y nos comemos las papas viendo las noticias. Ella dice que esperemos. Finalmente se asoma el gordo. Que por favor esperemos, nos dice. Percibo fastidio en su tono. Que debe amarrar los perros, dice. Acto seguido silba frunciendo los labios. Los perros lo miran sin dejar de gruñir.

Golpea su muslo con la mano gritándolos por su nombre. Los perros tampoco reaccionan. Detrás aparece su mujer, con vestido corto y un trozo de carne en cada mano. Se acerca a los perros. Deja caer la carne. Cuando los perros la comienzan a devorar el gordo aprovecha para encadenarlos.

Nos presentamos. Ellos agradecen la visita y alaban el pisco sour. Sirven maní salado algo rancio. El gordo se llama Francisco, "Paco para los amigos" dice en tono de broma exagerando un acento español. Camisa rosada. Yo nunca usaría camisa rosada. Le consulto por los perros. Como si le aburriera explica que son dogos argentinos, que pertenecen a una raza creada por un médico que mezcló perros elegidos por su fuerza y agresividad. "Son los guardianes ideales". Ximena pregunta si son peligrosos. La vecina dice que depende de la forma en que son criados. Paco la mira. Ella calla. Ahora Paco cuenta que mañana comenzará la construcción de la piscina. Que si nos gusta bañarnos, que ahora las piscinas no son profundas, que la pintarán gris, y mil otros detalles que no retengo. Al despedirnos los perros no dejan de tirar de las cadenas. La vecina me besa y yo le doy la mano. "Me recuerda a mi nuera", le digo. Ella pregunta cómo es mi nuera. "Hermosa", le digo. Ella sonrío.

Antes de acostarnos suena el teléfono. Es Sandra. El taxi que maneja Armando se lo regalamos con Ximena. Ha tenido mala suerte con el trabajo. Es demasiado callado, dicen. Porfiado, agrego yo. Todo el tiempo le decía que se cambiara a un instituto comercial. No, él iba a ser actor. Con lo callado, pensaba yo. Y poca gracia, evitaba pensar. Estudió un año para actor. Mejor dicho, pagué la academia durante un año. A los dos meses no volvió. Le conseguí trabajo como junior. "Reducción de personal", dijo. Intentó como comerciante, inspector de buses, nochero

de edificio. Nada. Con el taxi conoció a Sandra. Ella hacía una especie de baile con cintas de colores en una esquina de la Costanera. Bonitas piernas. Armando se enamoró. Se casaron. Prefiero no saber mucho, pero tengo entendido que ella quiere volver a bailar en la calle y él no se lo permite. “Armando tuvo un accidente en el taxi”, me cuenta Sandra. Está bien pero el auto quedó convertido en chatarra. “Pasó un semáforo en rojo. Felizmente iba sin pasajeros”. Siento rabia. A Sandra le digo que lo importante es que Armando esté bien. No logro dormir a pesar de la pastilla. Ximena lo adivina y se levanta a prepararme una agüita de hierbas. Adivinar también es una virtud de Ximena. Deja la taza sobre el velador junto al reloj. El que me regalaron cuando cumplí veinte años en la empresa. Falta para las dos. No logro dormir. El escusado no corta. La luz del farol se filtra por la cortina. Recuerdo que llovía el día en que nació Armando. De la clínica fui a buscar a Arturo donde su madre. Me miró sorprendido. Lo invité a almorzar. No quiso ir. Pateo las sábanas. Ximena me dice que me abrigue. Salgo dando un portazo. Me asomo al jardín. Pateo la absurda estructura de plástico.

Me acuerdo de los perros cuando los siento ladrar detrás de mí. Uno de ellos me roza el muslo. Corre en círculos sin dejar de gruñir. “Sale mierda”, le grito asustado. El perro retrocede y se agazapa como preparándose para saltar. Me cubro el rostro con los brazos. Algo lo contiene. Es el gordo que lo encadena. Lleva guantes, un gorro de lana y se ríe. Siento ganas de pegarle. “Tiene que mantenerlos amarrados”, le digo en respuesta a sus disculpas, que me parecen falsas. Sin esperar vuelvo a entrar a la casa. Me desvisto a oscuras y me meto a la cama. Tengo frío. Ximena ronca suavemente. Tomo el control y enciendo el televisor.